

1907

Oswaldo Quijada, sexólogo

4414

Si no buenmozo, contagioso

Claudia Donoso



Avaro Hoppe

Se retrató al lado de su doble "no por la sabiduría, sino por la panza": un buda de porcelana que decora su oriental departamento que también es su consulta de sexólogo. El doctor Oswaldo Quijada escribió en una breve autobiografía: "El amor que a mi edad sigo disfrutando junto a la joven musa que es mi esposa y a su hijo que ahora es mío, me impele a seguir bregando para que se abran las mentes a lo que, hasta los más cultos seres humanos, se resisten a asimilar. La humanidad tiende a ilusionarse con que no es biológica y por ello no aprende a manejar su naturaleza, que muy frecuentemente sobredemanda su comportamiento ultracivilizado. Con pertinacia se miente a sí misma y deja pasar la oportunidad de hacer del sexo una mayor fuente de elevación, de enriquecimiento sensual y de más espiritualizada convivencia".

Autodidacta en su especialidad de sexólogo, el doctor Quijada ha publicado numerosos libros. *Sexo y sufrimiento*, *El comportamiento sexual del mexicano* y *Frigidez* son algunos de los títulos.

Cofundador de la Sociedad Chilena de Sexología Antropológica, ginecólogo y jefe de hospital en esta área, su trayectoria incluye también varios años dedicados a la salud pública.

A la Escuela de Medicina entró a los quince años: "Era muy inmaduro. Tenía esa superficialidad segura del éxito adquirida en el liceo y una gran ignorancia en lo sexual. En el Lastarria me habían mostrado naipes pornográficos, pero no podía competir relatando aventuras. Durante los primeros seis meses en medicina, por mi infantilismo no superado, hice sólo deporte, ajedrez, aprendizaje de bohemia y leí novelas". Con idéntica capacidad de autoanálisis, agrega que como estudiante era bueno "sin llegar a ser mateo, de esos que no se levantan de la silla para aprender por las nalgas, según un dicho alemán".

De ahí en adelante, diversas actividades tentaron su curiosidad: piloto civil y actor teatral, entre otras.

En 1974 se fue de Chile y permaneció hasta 1979 en Argentina, donde revalidó su título de médico.

En una oportunidad, de paso por Lima, se le olvidaron las llaves y el dinero dentro de un departamento que le habían prestado. Quedaba en el piso número 13. Era domingo y no habían cerrajeros: "Entonces hubo que entrar por la ventana. Pasé unos minutos haciéndome una sicoterapia, porque si me resbalaba se hubiera creído que se trataba de un caballero que se había suicidado sin aspavientos. La sicoterapia consistió en caminar concentrado diciéndome que no me tenía que caer para poder ver caer a Pinochet, y una vez que estuve bien convencido conquisté mi objetivo de llegar a la ventana". Tenía 74 años.

Ahora tiene 80.

¿Qué fue lo que lo hizo interesarse en el estudio del sexo?

Como jefe de servicio ginecológico de un gran hospital, y viendo por tanto a decenas de mujeres todo los días, me llamó la atención escucharlas con frecuencia decir: "Doctor, cuando mi marido me ocupa..." ¿Se da cuenta? Yo, teniendo seis hijas, me sentía ofendido directamente por esa expresión, y fue por eso que me puse a estudiar seriamente los distintos aspectos del comportamiento sexual. Mi primer libro, *Sexo y sufrimiento*, fue también una catarsis.

¿Catarsis en qué sentido?

Yo tenía una muy mala opinión de mí mismo porque de joven fui tremendamente impulsivo, muy erótico e hice cuanta brutalidad puede hacerse a esa edad. Conocí mucho la vida nocturna siendo bastante muchacho, con sus peleas inclusive. Entonces, un buen día, cuando ya llevaba muchos años de médico, me di cuenta de que todos los hombres son más o menos iguales y publiqué mis conclusiones en ese libro.

Cuénteme de sus años previos a la catarsis.

Hice varios deporte. También donjuanismo barato, tal vez porque yo era el más feo de mi curso y nunca fui elegante; entonces, debo haberme sentido un poco desafiado. En esos tiempos había unos bailes en el cerro Santa Lucía, y siempre que sacaba a bailar a alguna niña me decía que le dolían los pies y al segundo siguiente salía a bailar con algún compañero

mío. Entonces busqué compensación a esas cosas. Lo que pasa es que más que por su apostura física, su poder o su dinero, uno convence a la mujer por contagio.

¿Qué tipo de contagio?

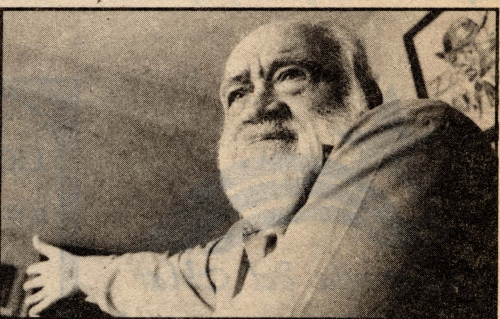
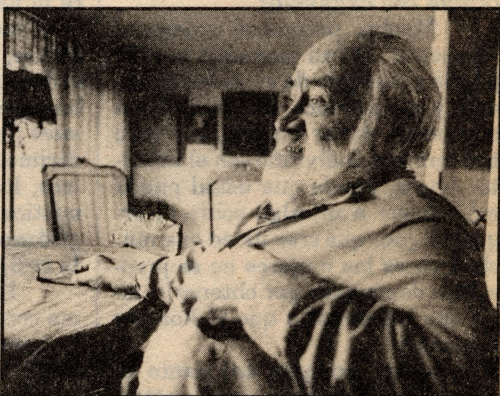
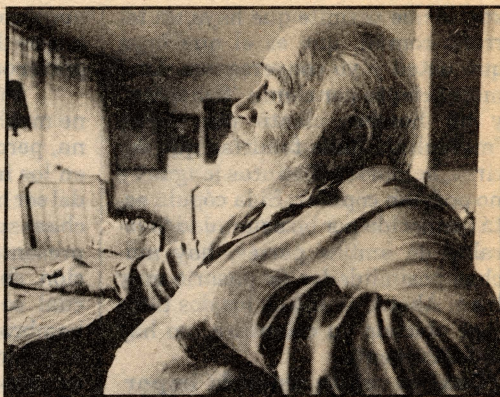
Contagio libidinoso. Usted debiera poder explicárselo solita, porque más de alguna vez habrá estado en fiestas en que usted, sin necesidad de que se lo digan, sabe que le gusta tremendamente a algún asistente y se da cuenta porque ha sido contagiada libidinalmente.

¿Y usted -si no buenmozo- se puso contagioso?

Me imagino que sí, porque he tenido más suerte que otros tipos muchísimo más famosos o mejor parecidos que el que habla.

Usted se ha casado varias veces. ¿Cuántas?

Cinco. Y debo decirle que mi actual mujer es mucho menor que yo: más de 30 años. Pero lo de la diferencia de edad en la pareja puede ser muy estimulante. Para un muchacho de 20 años, una mujer de 40 constituye una experiencia riquísima, porque salva varias etapas de aprendizaje. Y en muchas tribus primitivas son las mujeres añosas las encargadas de iniciar sexualmente a los varones jóvenes. Ahora, en mi caso personal, no podría estar con una mujer de mi edad más que para rendirle homenaje de lejos. Cumplí ochenta años, pero soy bastante dinámico. Hoy día, por ejemplo, me levanté a las cinco de la mañana para estudiar. Además, me he casado varias veces justamente porque he vivido tantos años y siempre me ha gustado jugar con las cartas sobre la mesa, en lo posible. Yo viví en una época en que la libreta matrimonial era indispensable para llegar a un club o a comer a cualquier parte. Ahora uno va a todos lados con la "secretaria". En los congresos médicos, por ejemplo, presentan a las secretarias; después uno va a ver a los colegas y resulta que están alojando



en la misma pieza.

¿Y se acumula mucha libido en los congresos médicos?

En efecto, pero es por otro motivo. Ocurre que en los congresos médicos se juntan personalidades libidinosas, porque si no estuvieran calientes con sus investigaciones, perdone la expresión, no se moverían de sus casas ni serían investigadores. Yo, a mi edad, estoy preparándome para ir a un congreso el año próximo a Buenos Aires. Y, ¿quiénes van allí? Los que están entusiasmados con sus temas. Eso es pura libido.

Como estudioso del comportamiento sexual y autodidacta en la materia, ¿qué conclusión le parecería importante destacar?

Lo relativo a la bisexualidad. Todos tenemos algo de los dos se-